

XVIII

Antes de entrar en sus habitaciones, después de la marcha de los invitados, el general se despidió de Gabriela, depositando en su frente un paternal beso.

Según la expresión banal, el conde descendía á ojos vistas.

La vida que llevaba ejercía en él los mismos estragos que María de Inglaterra causó en el vijo monarca. Vefa con placer la llegada de su retiro, prometiéndose para aquel momento, á la vez triste y deseado, encerrarse en una pacífica soledad y renunciar á las diversiones que desde su matrimonio no dejaba de frecuentar.

La condesa entró un instante en el salón.

Su vestido, de terciopelo negro, ligeramente descotado, y las galanterías de Saint Remy y de Riozares la habían electrizado, comunicando á su rostro una animación que hacía resaltar su extraordinaria belleza,

Roberto continuaba en el salón, apoyado en un ángulo de la chimenea.

Gabriela se dirigió á él.

— Quisiera saber—le preguntó—por qué tratáis de disgustar al marqués de Riozares y qué os importa que cante ó no. ¿Es que me vais á vigilar, ó queréis convertir la casa en un colegio, del cual seréis el pasante?

—¡No, Gabriela. Únicamente no me agrada que el marqués, con su voz de tenorino y sus aletuyas

—¿Aleluyas? Sois injusto.

—O con sus versos de confitero, os haga sus declaraciones amorosas á la vista de todos y se burle de nosotros que las escuchamos y de vos que se las autorizáis.

—No hago más que sufrirlas.

—Y es demasiado; pero se ve claramente que os divierten y halagan. ¡Son suficientes para comprometeros, y yo no quiero que lo estéis.

—O por vos solo. ¿no es cierto?

—¡Es verdad, estoy celoso! ¡La vida que llevo es imposible, y ya es tiempo de que esto termine! No puedo veros rodeada de admiradores, que confían en ser escuchados cuando tengáis un momento de abandono ó de aburrimiento. ¿Sabéis lo que decían de vos hace pocas noches, en casa de la princesa? Pues que no tardaréis en tener un amante; que acabaréis por hacer lo que otras han hecho; que no sois más fuerte que las demás, y que cederéis á las súplicas que os dirigen. Yo fui el único que os defendió. Todos los demás, sin excepción—eran hombres de experiencia,—os absolvían de antemano de una falta que juzgaron

inevitable. ¡Lo que allí dijeron me está continuamente, desde entonces, resonando en la cabeza! Desgracia de lo que he presenciado me induce á creer que los que yo tenía por escéptico ó calumniadores.....

—Suponíais...

—¡Que tenían razón!

—¿De modo que vos queréis que escoja un amante y que éste seais vos?

—Yo no lo he dicho —dijo Roberto, bajando la cabeza.—Nada os pido, pues eso sería una blasfemia, y merecería morir mil veces si os destinara á semejante profanación. Lo único que puedo deciros es que estoy en un perpétuo martirio, que soy muy desgraciado y que os apiadéis de mí.

—¿Pero cómo?...

—No escuchando con indulgencia, tal vez con interés, las insolentes declaraciones que continuamente os dedican, pensando en que yo también envidio las caricias de vuestra voz y de vuestras miradas, porque estoy loco de amor y de celos.

—¡Roberto! —dijo la condesa con ademán grave.—teníais razón, es preciso que marchéis... imagináos un pretesto y... lleváos á la princesa.

—¡No la volveré á ver! ¡La aborrezco! Ella es la que nos separa; sin ella seríais más indulgente; tal vez me amaríais. Creí, y fui un insensato, que su amor calmaria, en parte, la amargura que senti al saber vuestro casamiento; y que me haría más fácil la espera de días más felices. Cuando estoy á su lado, comprendo mejor hasta qué punto os pertenezco, y me avergüenzo de la infame comedia que

represento. Las gracias que me otorga me hacen desear con mayor pasión las que vos me negáis. Es una locura, lo sé, pero no soy dueño de mí.

—Roberto—dijo Gabriela conmovida— yo hablaré al general y obtendré que seais enviado á donde queráis. Es necesario que os alejéis, tanto por vos como por mí. ¿Consentís?

—¡No! Ya es imposible. Hace un mes lo deseaba y vos no lo habéis querido. Hoy es demasiado tarde. Los celos me matarian, y las palabras que he escuchado me zumbarían sin cesar en los oídos. Vería á Riazares cantando sus atrevidas declaraciones, á Saint Remy y á otros, que fascinados por vuestra hermosura, gozarían del placer de veros, mientras que yo, solo y alejado de vos, moriría de pena y de desesperación.

Una lágrima asomó á los ojos de Gabriela.

El profundo dolor del capitán habíala conmovido, mas no se atrevía á demostrárselo.

Recostada en una butaca, y extraviada la mirada, buscaba una solución, que no encontraba, para terminar aquella grave entrevista.

Indecisa, violenta, no sabía qué partido tomar entre su amor y su deber. Quería calmar el dolor de su amante, pero el reconocimiento, la gratitud que debía á su marido y el temor de avergonzarse ante él, pudieron más en ella, haciendo callar sus sentidos.

Roberto, en el mismo estado de postración de la condesa, la contemplaba con arroboamiento.

Si su pasión hubiera estado compuesta de menos adaración y de más libertinaje, habria

aprovechado aquel desfallecimiento de la condesa para conseguir lo que tantos otros ambicionaban.

Al cabo de algunos minutos, la soledad que reinaba en el salón hizo salir de su éxtasis y miró á Roberto, con tan angelical dulzura, que el joven se arrojó á sus pies, y oprimiendo contra sus labios una mano de la condesa dijo:

—¡Dadme alguna esperanza! ¡Decidme, al menos, que me amáis! ¡Que seréis mía!

Un torrente de lágrimas asomó á los ojos de la condesa.

—Querido Roberto—contestóle— tengo un deber que cumplir; la dicha de mi marido. ¡Dejadme reflexionar!

Y haciendo un esfuerzo se levantó, y pasando una mano por la frente, dejó caer de sus pálidos labios esta esperanza:

—¡Ya veremos!

Después de pronunciar estas palabras, la condesa abandonó lentamente el salón, sin volver la cabeza, como si tuviese miedo de ver su condenación escrita en los muros de la estancia.

Un cuarto de hora después, entró Rosa, la doncella de Gabriela, en el salón donde continuaba Roberto recostado en la buaca que poco antes había ocupado la condesa.

—¡Señor—dijo Rosa—ya es la una y media! ¿Vais á pasar la noche en el salón?

—¡Ah! ¿Eres tú, Rosilla?—dijo el capitán, como si despertara de un letargo. ¿Tan tarde es?

—Ciertamente, y mientras permanezcáis aquí no puedo acostarme yo.

—¿Por qué me has esperado? Después de to-

do, me alegro que no te hayas acostado. Séntate, y hablemos.

—¿De qué quiere el señor que hablemos á una hora tan avanzada?

—Háblame de tu señora. ¿La quieres mucho?

—¡Eso no se pregunta! Me educó su madre, á su lado....

—¿Y era bonita de pequeña?

—No tanto como ahora.

—¿Y tú?

—Eso os debe importar muy poco.

—Respóndeme.

—¿Qué sé yo! Nadie reparaba en mí, lo mismo que ahora. ¿Quién queréis que me mirase?

—Los que tengan buen gusto.

—Vamos, se conoce que el señor quiere burlarse de mí.

—Y tú no te casas porque no quieres, pues siendo tan bonita no te faltarán pretendientes.

—Verdaderamente que no faltan, pero yo no les escucho.

—¿Y por qué razón?

—Pues.... porque no encuentro ninguno que me agrade.

—Eres exigente. Mira tu señora. Se ha casado con un hombre que la triplica la edad, y sin embargo, no deja de ser feliz. ¿No es cierto?

—Queréis hacerme hablar—dijo Rosa, comprendiendo las intenciones de Roberto,—pero no sabría una palabra más. La señora estaba aquí hace poco. ¿Por qué no la preguntásteis sus secretos? Respecto á mí, os diré que antes me matarían que arrancarme una sola palabra sobre la condesa. La quiero mucho, y te-

ned por sabido que no hay capitanes, ni generales, ni sargentos que me hagan hablar cuando quiero callarme. ¡Buenas noches, señor Roberto!

—Espérame, Rosa, yo también me voy á descansar.

Como todas las mujeres son algo perversas de por sí, por no hacer excepción á esta regla, Rosa objetó:

—Hay muchos que querrian á mi señora si quisiera escucharlos.

—¿Quiénes?

—El señor Saint Remy, que la mira de seslavo como un perro de caza, el marqués de Riozares, que la sigue á todas partes y siempre la está diciendo galanterias, y muchas más, es decir, todos lo que vienen aquí, sin excepcion, y entre ellos se cuenta cierto oficial, que no nombraré, y que no es el menos asiduo.

Roberto se puso encarnado como la grana.

—Sed franco—continuó Rosa. ¿En qué pensábais á la una de la madrugada?

—Si te he de decir la verdad, no me acuerdo.

Roberto se despidió de la doncellita, dándole una palmadita en las mejillas, al mismo tiempo que decía:

—Buenas noches, Rosina; no tengas malos sueños.

Poco después de entrar en su cuarto, Rosa entraba en el suyo: un precioso nilo azul forrado de cretona, situado encima precisamente del cuarto de Gabriela.

Mientras se desnudaba, la alegre doncella tenía el siguiente soliloquio, pensando en el capitán:

—Hazte el discreto todo lo que quieras, que no me engañas. Cuando estabas en el salon, pensabas en mi señora, en la señorita Desgranges, á quien cortejabas y con quien no te has atrevido á casar cuando perdió su fortuna; pensabas en Gabriela, que tiene la debilidad de escucharte, y habla mucho mejor en escoger un amante menos lúgubre que tú. ¡Ah! Si la señora comete alguna locura, yo la aconsejaré la prudencia, que es la madre de la seguridad.

XIX

El espléndido hotel del célebre conde de O**, estaba de fiesta.

Abría sus salones, sus jardines, y su salita particular de espectáculos, á lo más selecto de la aristocracia extranjera ó parisiense.

Aquella noche daba un magnífico baile de máscaras.

Los salones estaban inundados de luces; los buffets ostentaban apetitosos manjares ecloados con maravilloso arte.

Todo en aquel suntuoso palacio de *Las Mil y una noches*, era prodigalidad de luces, trajes, oro, flores y diamantes.

Una numerosa orquesta lanzaba torrentes de armonía sobre aquellos deslumbradores salones llenos de alegres máscaras, cuyos caprichosos disfraces formaban un conjunto vistoso y lleno de encantos.

Aquello era un tumulto infernal. Unos gritaban, otros daban grandes voces llamando á

una sultana que creían conocer, se empujaban, y algunas parejas se dirigían á los sitios más oscuros para confiarse insensatos deseos ó proposiciones extravagantes.

Todo estaba permitido y aceptado, hasta la falta de gusto y de talento.

A las dos de la madrugada el frenesí de la alegría había llegado al paroxismo.

En aquel mismo momento una dama, elegantemente vestida, atravesaba con majestuoso porte el vestíbulo.

Llevaba cubierto el rostro con una mantilla de preciosos encajes, á través de los cuales se dejaba ver una boca adorable y unos cabellos color oro pálido.

Apenas entró en el salón, cuando una máscara con traje de Enrique III, la paró bruscamente, diciéndola con misterioso ademán:

—Mi querida princesa, os ruego me otorgueis el señaladísimo favor de dar una vuelta cita en vuestra compañía.

—No os conozco—contestó la dama,—y no sé por qué me llamais princesa.

—Porque me complazco en daros el título que os corresponde. ¿Quién no os reconocería, aun á través del más tupido velo? Además, os esperaba.

—Señor Riozares, os ruego que me dejéis.

—No soy el marqués de Riozares. El diplomático español, vestido de senador romano, os aguarda en la estufa, y ya que tantas veces os ha esperado, lo mismo en Rusia, como en todas partes, podéis muy bien dejarle impacientarse algunos instantes más. No perderéis el tiempo, os lo aseguro, pues os voy á decir

uestro sino, con más talento que el astrólogo Ruggieri lo hizo con la reina Calalina.

— ¡Daos prisa!

— Vos amáis con pasión á una persona que no os corresponde, ni os ha correspondido, y lo que es aun peor, ni os corresponderá.

— Perfectamente, pero eso mismo se puede decir á todas las mujeres. El amor no es más que una ilusión. ¿Y por qué no me ama?

— Ama á otra.

— ¿Quién?

— Me lo preguntais y vuestro espíritu os ha contestado ántes que yo.

— ¿A la condesa de Branville?

— ¡Vos lo habeis dicho!

— ¿Y ella, le ama?

— ¡Ya lo creo!

— ¿La prueba de lo que decís?

— Hace quince dias ó más, que no ha ido á veros. Os ha dado explicaciones. ¡Mentira! Que estaba ausente. ¡Mentira! Que trabajaba con el general. ¡Mentira! El pobre conde no se puede mover del lecho por un importuno ataque de gota y tiene más necesidad de un emperico que de su ayudante. Se os engaña princesa, se burlan de vos y es preciso vengarse.

— ¿Cómo?

— Plantando en medio de la calle á ese bifeido que quiere, á la vez, disfrutar de dos adorables criaturas; reconociendo vuestro error y reparándole.

— ¿Por qué medios?

— Vos teneis dos pretendientes que os son igualmente fieles y constantes.

El primero, lord Fowler, ya viejo y achacososo, y aunque gastado hasta la médula de los

huesos, por sus viajes á las Indias y sus campañas contra los leones y el cólera, posee en cambio muchos millones, lo cual hace desaparecer todos los demás defectos. Sin embargo, vos le habeis despreciado como amante, pero le habeis otorgado vuestra amistad.

El segundo es el marqués de Riozares, meridional, vivo y ardiente como los moros, sus antepasados, de los cuales ha heredado su tez morena y negros cabellos.

Es además tan rico como Rothschild y primo de la reina.

En verso y en prosa os ha cantado su pasión. Ha querido derretir el hielo de vuestro corazón con los ardientes rayos de su amor.

Se ha arrojado á vuestros pies, os ha besado las manos y habeis logrado que sus ojos, que no habian llorado jamás, viertan lágrimas de despecho y de cólera.

Debiendo aborreceros, os ama con toda su alma y si, ue siendo vuestro siervo, vuestro esclavo, como los colobos de vuestras granjas y los caballos de vuestra cuadra.

En cambio ese capitán de aventuras á quien adoráis, os ha tomado á falta de otra cosa mejor, pues no ignoráis que el objeto de su pasión era otra mujer, y se deshace de vos como de un mueble usado ó de una porcelana rota, ahora que su amante se entrega á él por despecho ó por hastío del gotoso de su marido. ¡La Rusia estaba á vuestros pies! ¡París se prosterna! ¡Escoged entre vuestros adoradores! ¡Lord Fowler es el emblema de la fidelidad! ¡Riozares el del amor! ¡Los demás el del capricho! ¿Qué más podeis desear?

La dama no contestó:

El misterioso gentil hombre decía la verdad. Hacía quince días que la princesa no había visto á Pontis.

El capitán se había excusado por medio de esos triviales billetes donde se trasluce el deseo de los amantes que quieren terminar y no se atreven á hacerlo bruscamente.

La única y verdadera pasión de la princesa era aquel sombrío y gallardo capitán, que había despertado en ella un amor que hasta entonces no conocía, un amor que no habían logrado despertar todos los que la habían cortejado, arrastrándose á sus pies, enloquecidos por su belleza casi sidérea.

Nadie logró interesarla como Pontis, aquel francés obscuro, que semejante al Klephte del poeta, la había tomado, sin dar nada por conseguirlo, ni aun su corazón.

Bien es verdad que el corazón de Roberto no le pertenecía.

La princesa, pues era ella, sentía los tormentos de una profunda humillación.

Aquel caballero descorría el velo en medio del barullo del baile, y se mostraba al corriente de lo que ella sola creía saber, pues su perspicacia habíala hecho comprender, que el desvío de su amante era voluntario.

Ella, la soberana, la altiva princesa, ante quien se habían inclinado tantos hombres, se veía tratada, según la más vulgar y enérgica expresión, como una simple burguesa. No se habían ocupado de su rango ni de su persona. Aquella era la decepción primera de toda su vida.

Un relámpago de ira brilló en sus ojos.

—¡Mentis, Riozares!—dijo con viveza, aun-

que sabía que no, pero no quería admitir públicamente su humillación.

—No soy Riozares.—Contestó por segunda vez la máscara.

—¡Mientes doblemente!—Repuso la princesa con cólera.—Solo Riozares tiene osadía para decir lo que tú has dicho.

—O Saint-Remy, ó de Tresmes, ó Nancey y todos los íntimos del hotel de Branville.

—Esos son amigos de Roberto y no le hacen traición. Solo los españoles [1] y los napolitanos se ocultan en las sombras para lanzar una infame calumnia!

—¿Y qué puede importarte si te descubro la verdad?—murmuró el gentil hombre.

—¡Sea! firmemos un pacto. ¡Dadme los medios de vengarme de Roberto!

—¿Cómo?

—Vos me aseguráis que la condesa es su querida, ¿no es cierto?

—Sí tal.

—Pues decidme la hora y el sitio donde se ven; pero sobre todo no os equivoquéis.

—¿Cuál será mi recompensa?

—Fíjadla vos mismo.

—¡Vuestro amor!

La princesa dió algunos pasos sin contestar. De pronto, separándose bruscamente del gentil hombre, le dijo estas palabras:

—¡Estamos conformes!

Y como si tuviera miedo de arrepentirse, se alejó con viveza de aquel sitio, confundiendo-se bien pronto entre las máscaras del salón.

(1) Protestamos de la afirmación del autor francés.
—(Nota del editor).

Su paso por él fué saludado con alegres gritos y exclamaciones. Todos querían bailar con ella. Unos hacían corro á su alrededor, y cogiéndose de las manos, se entregan á frenéticos transportes de alegría, cantando *couplets* alusivos á la bella máscara que les desdénaba, y hacía esfuerzos para huir de aquella algazara infernal.

Cuando hubo logrado verse libre de aquellos locos, se dirigió á la estufa, donde Riozares, vestido con una túnica roja y una capa blanca, parecía dormir en una mecedora.

—¿Hace mucho tiempo que estáis aquí?—Le preguntó la princesa, descubriéndose el rostro.

—No he salido en toda la noche. El ruido ensordecedor me ha dado sueño, y descansaba...

—Es extraño. Creí haber oído vuestra voz.

—¿Dónde?

—En los pasillos, bajo el disfraz de un Montsoreau ó de un Enrique III, que ha hablado conmigo.

—Mi querida princesa, me habéis imitado; también vos habéis soñado despierta. Yo no he abandonado mi cómodo traje de senador romano.

—¿Dónde está lord Fowler?

—Como tardabais, ha salido en vuestra busca, temiendo un rapto.

—¿Aquí?

—Las mujeres son tan débiles... A propósito: ¿no habéis visto nada que os extrañe?

—No...

—¿No habéis reconocido á ningún amigo?

—Ninguno.

—¿Es sorprendente! Yo que no he salido de aquí he tenido más suerte que vos. ¿No véis en el extremo de la galería, á la izquierda, frente á nosotros, una dama con un traje negro igual al vuestro?

—¿Y que da el brazo á un caballero de hermosa presencia vestido de Luis XV?

—Exactamente. ¿No adivináis quién es?

—Me parece... sí... ¡es el capitán! y la dama que le acompaña...

—¿Quién queréis que sea?

—La señora de Brenville.

—Aunque no se ha quitado un momento el antifaz, la he conocido.

La princesa se levantó con presteza del diván en que se había sentado al entrar en la estufa.

—Riozares—dijo con imperioso acento—dadme el brazo y sigámonos.

—¿Para qué? La condesa no comete ningún crimen lo mismo que nosotros viniendo aquí. Habrá querido saber lo que es un baile de máscaras para completar, sobre este punto, su educación. El general, retirado en la cama por la gota y el peso de los años, no puede venir al baile, y el ayudante le reemplaza en sus funciones, acompañando á su mujer. Eso es muy natural.

—No importa... Acompañadme.

La princesa y el marqués, la primera arrastrando tras sí al segundo, recorrieron los pasillos, los salones, todo el hotel, esperando, aunque inútilmente, encontrar á la condesa y á su compañero.

En vano la princesa, furiosa como una leona á quien arrebatan sus pequeños, inspec-

cionó y rebuscó en los palcos, en el *buffet*, en todas partes; sus pesquisas no dieron resultado.

—Creo que nos hemos equivocado—dijo dirigiéndose á Riazares.—Habéis visto mal. Roberto no está aquí, y la condesa cuida al gotoso general.

—T. l vez—contestó con sorna el español.—El amor me cegaba; no es esta una de sus propensiones?

—Gabriela y Roberto, durante las pesquisas de la princesa, se dirigieron en el *coupé* de la condesa, al hotel de Branville.

Cuando llegaron, eran las tres de la mañana.

La condesa subió en seguida al cuarto de su marido.

El general no dormía.

La gota posee la superior ventaja de contar las horas con más perfección que el mejor sereno de Sevilla ó de Córdoba.

—El general sufría horriblemente. Sin embargo, su rostro se animó tan pronto como vió á Gabriela.

—¿Cómo has pasado la noche? ¿Te has divertido?

—Muchísimo. ¡Aquella es maravilloso! Por todas partes flores y luces, y una música tan alegre, que hacía bailar á un paralítico.

—¡A un gotoso, di la palabra! De todas maneras no ha de cambiar en nada mi deplorable situación.

—No penséis en eso. Ya se pasará.

—¡Ah! Mo me forjo ilusiones. ¡Veó mi fin muy próximo, ahora que quisiera vivir y ser joven.

Gabriela se sonrojó.

—Creo—añadió—qua he cometido una tontería casándome contigo.

—¿Por qué?—preguntó extrañada la condesa.

—Porque mi dicha será de muy corta duración, y temo no poder asegurar la tuya.

—No penséis en el porvenir. Solo Dios sabe lo que ha de suceder. ¡No somos dichosos ahora! Pues eso ya no nos lo quita nadie.

El enfermo la atrajo hacia sí, y ella, como si tuviera una falta que hacerse perdonar, le echó los brazos al cuello y le besó en la frente.

—Dormid tranquilo, y mañana vendré á ver si estáis ya curado.

El general la siguió con la vista.

—¡Y decir—pensó—que tendré que abandonar á otros, este tesoro! ¡Más me hubiera valido no descubrirle! ¡Que no me sea dado saber quién será el privilegiado que la heredará, para aborrecerle de antemano!

XX

Las habitaciones de la condesa estaban separadas de las de su marido por un salón, donde recibía las visitas de confianza, y que comunicaba con su cuarto por un estrecho y largo pasillo.

Aquel fué el camino que siguió Gabriela cuando se separó de su marido.

Al abrir la puerta, vió á Roberto que la esperaba, y le preguntó con voz temblorosa:

—Es así como nos vamos á separar esta noche?

Y aprovechándose de la semi obscuridad del cuarto, se apoderó de una mano de la joven.

—Dejadme—contestó Gabriela retirando su mano con presteza.—Lo que hacéis es indigno. ¡Abusáis de la debilidad que por vos tengo y que no merecís!

—¡Es necesario que os hable, no puedo vivir así. ¡Prefiero morir á sobrellevar existencia semejante!

—¡Sea! Mañana hablaremos.
—Mañana no. ¡Ahora!
—Vuestras locuras nos comprometen.
—Nadie se puede enterar. Todos duermen.
—¡El general no duerme, sufre! Si sospechara....

Gabriela, os lo ruego, tened piedad de mí—murmuró Roberto arrojándose á sus pies.— ¡Estoy loco, y cuando os veo, soy capaz de todo! Esta noche tenéis que ser mía, ó me precipito por el balcón!

—¡Esas son palabras faltas de sentido! ¡No se mata uno tan fácilmente, y otros muchos han dicho lo mismo y no lo han hecho! ¡Marchaos!

—No, aunque sepa que me comprometo, comprometiéndoo también. ¡Que lo queráis ó no, seréis mía!

—¡Eso es un crimen!

—¡Qué me importa! No es sangre lo que circula por mis venas, es fuego. No soy dueño de mí. Era preciso, para evitarlo, que me hubierais arrojado de aquí hace dos meses, seis semanas, tal vez ayer todavía, pero ahora ya es demasiado tarde. ¡O deseo, y si no me otorgáis el solo bien que ambiciono, el único placer que me tienta, la sola posesión que me atrae como el oro fascina al avaro, me salto la tapa de los sesos! ¡No creáis que es una trivial amenaza efecto de una pasajera exaltación, es el único camino de salvación que me queda!

¡Vuestras sonrisas, vuestras palabras, vuestras miradas, son la causa de mis criminales deseos! ¡La pasión me domina, no puedo combatirla! Si me rechazáis seré yo mismo, causa

inconsciente de que el general comprenda toda nuestra traición y nuestras criminales entrevistas. Si logro lo que deseo, nada advertirá, pues viéndonos contentos y tranquilos, su felicidad no se verá turbada. Y además ¡vos misma, no deseais lo que yo solicito?

La mujer, que, sola, en medio del silencio de la noche escucha á su amante, está casi siempre medio vencida.

Gabriela, de pie, presa de involuntario temblor, dejaba hablar á Roberto.

—¡Creéis que yo no he comprendido... continuó Roberto—los sentimientos que respecto á mí teneis? ¡Entonces, á que vienen esas violencias y ese miedo? ¡Es que por ventura debemos sacrificar nuestra vida por la felicidad de otro? Nadie ha de conocer nuestro amor. El placer de ser tuyo—dijo Roberto tuteándola—de corazón y de alma, á más del afecto que tengo á mi protector, calmará los colos que me devoran. ¡Entonces cambiaremos la agitación de hoy por horas dulces y tranquilas! ¡Ah, Gabriela! Te lo ruego, no decidais la desdicha de nuestra vida. ¡Creéme! Entregádotme á mí, firmas tu felicidad y la mía. ¡Sonríes? ¡Ah! me amas. Lo sabía.

¡Por qué has luchado tanto tiempo? ¡Cuántas horas de felicidad perdidas!

En efecto, Gabriela sonreía.

Sonreía y lloraba.

Para una naturaleza llena de abnegación y ternura como la suya, no dejan de ser peligrosos los sofismas del verdadero amor.

En su corazón sentía una voz más elocuente que la de Roberto. La de su amor.

Amaba con sinceridad y su resistencia pasada habíala costado muchos suspiros.

Reconocía la sinceridad de Roberto en el desórdea de sus ideas, en sus mal disimulados furoros y en las amenazas que el delirio le habla hecho proferir y que seguramente habria cumplido.

Vacilaba entre la inquietud del porvenir y el deseo de curar la herida que habia causado. Su amante la tenia abrazada por la cintura.

Gabriela, subyugada, presa de gran emoción, buscaba una frase de perdon y las palabras se ahogaban en su garganta.

Un ruido ligero que provenia del piso superior, la advirtió del peligro de su situación.

—¡No tengo fuerzas para luchar! Un sentimiento extraño me advierte que nuestra desgracia comienza.

Ella le levantó con mano febril, y poniéndose un dedo sobre los labios, arrojó su mantilla sobre la alfombra.

¡Es indudable que una virtud más, sucumbía!

XXI

El cuarto de la condesa, á las nueve de la mañana siguiente, estaba aún herméticamente cerrado.

Tan solo un rayo de sol que se filtraba á través de las persianas, esparcía una débil claridad sobre los diamantes, las pulseras, los encajes y el ajado vestido.

Todo estaba esparcido por la estancia.

El desbarajuste de los muebles indicaba el desorden de la pasada noche.

Acostada aún, la condesa de Branvi le disfrutaba desde hacía algunos instantes de un sueño agitado y febril.

Un rayo de sol, atravesando las triples colgaduras, vino como una flecha á posarse en los párpados de Gabriela.

Esta se despertó.

Estaba sola.

Quiso coordinar sus ideas y lanzó una mirada de asombro en su derredor.

El aspecto del cuarto, la mantilla y las ropas esparcidas por el suelo, y aquel disfraz de Carnaval, la hicieron volver con espanto á la realidad.

Con febril ademán se puso un peinador de batista y se dirigió al cuarto de su marido.

Después de una mala noche, pasada con terribles dolores, el general logró conciliar el sueño.

Gabriela contempló con tristeza aquella venerable cabeza cubierta de canas, que conservaba su expresión de bondad y de energía.

—¡Le he deshonrado! —pensó.

Y como si quisiera pedirle perdón por la falta cometida, le besó piadosamente en la frente.

El conde se agitó bajo la impresión de aquella caricia y abrió los ojos.

—¡Ya levantada? Eres tan matinal como los pájaros.

—Nada sospecha —pensó— Roberto tenía razón.

—¿Hace mucho tiempo que estás ahí?

—Llego en este instante. ¿Como os encontráis?

—¡Mejor! Casi me atrevería á jurar que ya estoy curado. Y tú, hermosa mundana, ¿por qué te levantas con la aurora?

—¡Ah! ¡Ya hace mucho tiempo que la aurora ha tomado su vuelo! Son las nueve de la mañana.

—¡Las nueve ya, y yo encadenado en esta prisión! ¡Maldita gota! ¡Y tengo que dar las órdenes y hacer la inspección! ¡Cuántos deberes que no cumplo ó que cumplo mal! ¡Sin contar los que tengo contigo!

—¡Bah! Consolaos. No vais á pedir el retiro dentro de dos meses?

—Pues eso mismo es lo que me asesina. ¿Sabes lo que es el retiro para un viejo inútil como yo? Es borrarle de la lista de los vivos, es el entierro anticipado que anuncia al otro, al verdadero, al definitivo. Es el aburrimiento de la ociosidad; es la desesperación de comprenderse inútil, como un viejo retrato que se sube á la guardilla por ridículo y roto; es la tumba con su inmovilidad. Es cien veces preferible la muerte, pues enterrado bajo seis pies del suelo, no se ve divertirse á los demás, ni las risas de los que han ocupado nuestra posición y son lo que uno no es ya queriéndolo aun ser, es decir, joven, vigoroso, enérgico y, vergüenza me da recordarlo, hermoso y gallardo.

Pero cuando ya se es lo que yo, una miserable peluca, un corazón de hielo, un cuerpo inerte, cuando no sirve uno de nada, ni para nada, se es egoísta, celoso, y se envidian hasta los dones del azar, la belleza, los dientes, los cabellos y la salud de los jóvenes.

—Sobre todo—continuó el general—cuando se tiene, como yo, cerca de sí, una adorable niña, hermosa como el día, que trastorna nuestra cabeza.

Y atrayéndola dulcemente hacia sí, la hizo sentar en su lecho.

—Es necesario—continuó—que te haga una confesión. Tú te figuras tal vez que soy mejor que otros maridos que conocemos. Crees que soy bonachón é indulgente y que perdonaría, sin esfuerzo alguno, las ofensas de ciertos entes de mal género y la invasión de mi

territorio por ladrones de elegante figura y de buen apetito. Muchos hay que te rondan como *pickpockets* y dirigen atrevidas miradas como el Saverny de Marion Delorme, y si no imito al Didier del drama, es porque confío en ti y sé que pierden el tiempo miserablemente.

Sin esta confianza sería celoso como Otelo, pero te aseguro, que al osado que trate de robarme tu afecto, le mataré como á un perro, sin remordimiento alguno. ¿No estoy en caso de legítimo derecho? Tu amor es lo único que me queda de esta vida, y es la mía la que defenderé arrebatándosela á los que traten de robármela.

Una maliciosa sonrisa pasó por los labios de Gabriela.

—Quisiera, tan solo una vez, veros enfadado.

—Yo no me enfado jamás, mi querida Gabriela. La cólera es el signo de las almas débiles. En las graves ocasiones, el hombre enérgico guarda siempre su imperio, obra con frialdad y se exalta. Ese es el más temible, ¡Estáis advertida! ¡Ten cuidado!

Gabriela movió la cabeza con aire de duda.

—No os creo tan malo como queréis aparentar. Suponiendo que os engañase, si no lo sabiais, mal podriais vengaros.

—¿Pero piensas que una mujer puede engañar á su marido sin que este se entere?

—Sin duda alguna. La ceguera es un señalado favor que Dios concede á los maridos. Si no sintiéseis el malestar que anuncia las enfermedades, ¿qué serían para vos, la gota, la parálisis y los demás sufrimientos de la ve-

rra? ¿Pero se puede saber—añadió, tomando una postura de actriz trágica—de dónde os vienen esos pensamientos funestos?

—Del derecho que tengo de perseguirte y hacerte desagradable la vida.

Y acariciando la mano de su mujer, añadió:

—¡Cuanto más próximo veo el término de mi vida, más te amo! Eres todo para mí; el resto del mundo me importa menos que la cascara de una nuez.

En aquel instante, Roberto entraba en el cuarto del general.

—Todo, á excepción de este buen mozo, que tiene la barba como yo la tenía, los ojos ardientes de mis veinticinco años, y es como yo lo era á su edad, el capitán más conquistador de la Francia.

—Mi general—preguntó Pontis—¿qué órdenes me dáis para hoy?

—Tan solo una. Vas á ir á casa del Ministro y á hablarle del siguiente modo:

El General de Branville es un viejo careamal con el que no se puede contar para nada. Ya no tiene piernas: el cuerpo está destornillado y mal sostenido por ruinosos pilares.

Por consiguiente, os ruego que le retiréis su mando reemplazándole por un personaje menos débil. Vete en seguida y traeme la respuesta.

—¡Imposible, mi general! Yo no cumpliré esa misión.

—¡Diantrel! ¿Cómo ha degenerado la disciplina! Hazme favor de obedecer mis órdenes, pero en seguida.

—¡Y si el Ministro se niega, alegando que

por un insignificante ataque de gota, no debe privarse de vuestros servicios; si dice que sois imprescindible y es suplica que conservéis vuestro puesto, qué debo contestarle?

—Nada. No te hará esas objeciones, adulator! Algo tienes que pedirme cuando hablas de ese modo.

—Nada tengo que pedir, mi general. Estoy muy satisfecho, os lo aseguro.

—Y decís que dentro de dos meses nos tendremos que separar. ¡Sin general no hay ayudante, ni escolta, ni nada!

El general se tiró con rabia del bigote.

—¡Es más aburrido de lo que se imagina! Lo peor de todo sería la separación, pero confío en que no te enviarán á los antipodas. Trataré de que envíen á alguno de mis antiguos camaradas, cerca de París, y para ello invocaré mis antiguos servicios, y si es necesario, pondré en juego mis muchas relaciones.

—Tú vendrás á vernos muy á menudo.

La perspectiva de mi retiro me aniquila, me parece que oigo sonar las campanas de mis funerales. ¡Maldita gota!

—¿Dónde están aquellos tiempos en que yo tenía una sola charretera y el kepis encarnado, aquellos tiempos en que el Africa salvaje nos ofrecía horizontes de montañas y rocas ennegrecidas por la pólvora, donde se veía á los árabes, esos nómadas del sizo, galopar con sus salvajes fantasías alrededor de nuestros escuadrones, buscando alguna cabeza de cristiano que cortar? ¿Edad de aventuras, de locuras y de alegrías, dónde están? No pensemos más. Me encuentro mejor y quiero salir de esta galera.

El general hizo un movimiento para levantarse.

—¡Ay!—gritó—esta endemoniada enfermedad tiene nervios lo mismo que una mujer joven.

—Ya ves—continuó dirigiéndose al capitán—que no hay medio de mandar á los demás, cuando se está á la discreción de semejante harpia. Todo lo más que puedo hacer es arrastrarme hasta el balcón, para distraerme, y pasar revista á los transeúntes. Anda, Roberto, obedéceme. Tengo sed de reposo y de libertad. Si se me niega lo que pretendo, pido la dimisión á los sesenta y nueve años y diez meses, es decir, dos meses antes de tener opción al retiro. Eso no debe haberse visto jamás, lo cual prueba, que siempre se ve algo nuevo, bajo la capa del sol.

—Puesto que lo exigis—dijo Roberto—voy á cumplir vuestra orden.

El capitán salió seguido de la condesa.

—Angel de mi vida—murmuró Roberto al oído de Gabriela;—ya veis que no es un pecado tan grande engañar á los demás. ¿Ha cambiado en algo la felicidad del general? ¿No dice que más que su mujer sois para él, su enfermera, su hermana de la caridad?

Cuando la condesa entró en su cuarto para vestirse, se encontró en él á Rosa, que estaba arreglando el tocador.

—¿Se ha divertido anoche la señora?—preguntó la doncella.

—Mucho, Rosina.

—¿Estaba brillante ese baile de máscaras?

—No estaba mal.

—La señora llegó al hotel cerca de las tres.

—Esa hora sería. ¿No dormías?

—No, señora. Tenía una especie de fiebre que me impedía dormir. Sentí perfectamente á la señora ir al cuarto del señor, y después oí hablar en el pasillo, y por último sentí, que entrábais en vuestro cuarto. Pero sin duda el ruido de la música había desvelado á la señora porque tampoco dormiais. A cada momento creía que me ibais á llamar. A las siete me dormí, precisamente cuando lo que debía hacer era todo lo contrario.

La condesa respiró.

—¿La señora no me ha llamado?

—No, Rosina, no.

—¡Qué desordenado está todo esto!—prosiguió la doncella.—La señora ha dejado sus vestidos y alhajas, una cosa en cada mueble. Generalmente tiene más orden la señora. Por fortuna, todas las noches no hay fiestas semejantes... ¿La señora volverá pronto á esos baños?

—Ha sido el último del año.

Gabriela escuchaba con gusto las habladurías de su doncella.

Creyendo su falta, envuelta en el misterio, recordaba los detalles de aquella noche, que debía dejar en su vida huella imperecedera.

Estaba más viva, más provocativa. La tranquila serenidad de su rostro se había trocado por una especie de fiebre que daba á sus ojos un extraño brillo. Era otra mujer, no más hermosa, pero sí más desaseada.

La desusada vivacidad de sus movimientos no dejó de chocar á la bretona, cuyas sospechas, más vivas que las dadas á entender, se confirmaron plenamente.

Además, el examen del cuarto terminó la

revelacion de lo escuchado por un oido tan sutil y penetrante como el de Rosa, en medio del silencio de la noche.

La doncella amaba sinceramente á la condesa y prometi6se vigilarla para impedir esas imprudencias que suelen cometer las mujeres enamoras en el momento en que más seguras se creen.

Sin embargo, aunque no lo dió á entender, Rosa estaba disgustada. Guardó sus observaciones para el momento, no muy lejano, en que se evaporase su última duda, pues habiase propuesto averiguar todo lo que habia pasado.

El carifio que profesaba á la condesa estaba en aquella ocasion secundado por la maligna curiosidad que todas las mujeres, ya sean grandes damas ó doncellas, tienen por todas las cosas que con el amor se relacionan.

Venia su enfado, no porque la condesa tuviese un amante, sino porque éste fuera el capitán, ó como ella le llamaba, Roberto el taciturno.

Pontis tenia el d6n de desagradarla. ¿Por qué?... No podia explicarlo. Le juzgaba orgulloso y reservado, y cuando por esta antipatia le refuta la condesa, faltaba descaradamente á la verdad, diciendo que el capitán se mostraba altivo con sus inferiores.

— Su preferido era el marqués de Riczares, de quien estaba muy agradecida por las pruebas de generosidad y las atenciones que siempre guardaba con la gentil bretona. Por eso aprovechaba, aunque siempre inútilmente, todas las ocasiones de elogiarle delante de la condesa.

A sus ocasiones las alabanzas, solía contestar la condesa:

— Fuesto que tanto te gusta, cástate con él y serás grande de España de primera clase, marquesa y....

— ¡Ojalá pudiera!

— ¡Quién sabe! Con un poco de suerte, tal vez.

Aquella burlona profecia de la condesa debia realizarse muy pronto, mas no del modo que aquella lo entendía ni por el motivo que hubiera halagado á la pobre Rosa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO